

do mudado : ántes nada creia; despues creyó todo lo que se quiso. Su imaginacion ardiente apenas le permitia conocer límites : llegó á ser un acalorado partidario de los milagros, y aun quiso escribir para probar su verdad. Compuso un libro que él mismo fué á llevar á Versalles y presentarlo al rey. En seguida llevó ejemplares de él al duque de Orleans, al primer presidente, etc. Este procedimiento, que algunos han puesto sin melindre superior á la audacia generosa de los primeros apologistas cristianos, no pareció á otros sino un rasgo de extravío y defanatismo. En la noche siguiente, M. de Mongeron fué conducido á la Bastilla. Hallóse cercado de una caterva de entusiastas, á quienes alojaba en su casa, y los que alimentaban sus desvaríos por medio de sus elogios. Bien pronto los recibió de todo el partido. Representósele á la cabeza de algunos folletos teniendo sobre sí el Espíritu Santo en forma de paloma, y ya no se habló de él sino como de un confesor de la fe. El parlamento quiso bien hacer representaciones á su favor, pero no tuvieron efecto alguno, y M. de Mongeron fué trasladado á Viviers. Su libro abandonado en Francia al desprecio que merecia, fué condenado al fuego en Roma, como preconizando á un cismático y un herege, y atribuyéndole falsos milagros. Pero el autor estaba en un camino demasiado resbaladizo para detenerse. Dió aun despues otros dos volúmenes en 4º en que inagotable en su fanatismo trataba de las convulsiones, tomaba la defensa

de los *socorros* mortíferos practicados por los convulsionarios, y atribuia todas estas imposturas al poder divino. Estos volúmenes y sobre todo el último vinieron á ser motivo de discordia en el partido. Los unos viendo en M. de Mongeron un escritor manifiestamente inspirado, suscribian á todas sus decisiones. Los otros no apercibian en ellas sino el exceso de la ilusion y del fanatismo. Entre estos últimos estaba M. de Caylus, obispo de Auxerre. Él escribió para refutar al magistrado, pero se le opusieron los *sufragios* de una sesentena de apelantes, que miraban al libro de este consejero como *inspirado de Dios*, y aun *escrito por Dios*¹, porque tanto adelantaban. M. de Mongeron murió en Valencia en 1754 despues de haber perdido, aun á los ojos de la mayor parte de los suyos, la gloria del paso que habia dado en 1737.

1758.

—El 4 de enero, el parlamento de París suprime la bula de canonizacion de S. Vicente de Paulo. Nada prestaba menos á la supresion, nada era menos

¹ El P. Lamberto, en su libro titulado : *la Verdad y la Inocencia vengadas*, nos ha contestado este hecho... Mas este escritor arrogante se engañó sobre aquel punto poco importante, así como sobre muchos otros que lo eran mas. Véase el folleto titulado : *Sufragios en favòr de los dos últimos tomos de M. de Mongeron*, 1749, p. 26, 28, 36, en el cual se dice que aquel loco era *inspirado*.

del resorte del parlamento que una bula de esta naturaleza. Pero tratábase de los errores del jansenismo, y del celo de S. Vicente en combatirlos. No se necesitó mas para escitar las quejas. Unos curas de París, los mismos que se habian declarado por los milagros del abate Paris, reclamaron contra la bula á instigacion de Boursier, y diez abogados lo apoyaron con una consultacion, en que aseguraban que *los defectos de este juicio autorizaban á los curas á formar oposicion al registro de todas las letras-patentes que podrian sorprenderse en favor de esta bula, lo que no impediria que en un tiempo mas oportuno pasasen á la apelacion como de abuso*. Los curas pues formaron su oposicion; mas el rey ordenó que el decreto del parlamento fuese considerado como nulo en lo que concernia á la impresion y distribucion de la bula. Al mismo tiempo reprimió otro estravío de los magistrados, que acababan de prohibir el citar como ecuménicos el concilio de Florencia y el quinto de Letran: como si tocasse á los jueces seculares el decidir de la ecumenicidad de los concilios. El rey anuló el decreto, lo que no les impidió el declarar que persistian en ello.

— El 28 de abril, bula de Clemente XII para condenar y prohibir la sociedad y los conventículos de *liberi muratori*, ó de los francmasones y otros de esta especie. Empieza por estas palabras, *In eminenti*, y vitupera especialmente el juramento y secreto de aquellas sociedades. Esta condena-

cion y prohibicion fueron despues renovadas por Benedicto XIV en la bula *Providas*, del 8 de mayo de 1751, y añadió nuevas observaciones sobre el peligro de estas especies de reuniones, que fueron proscritas con poca diferencia en el mismo tiempo en Holanda, en Francia y en Suiza. Los francmasones eran desde entonces bastante numerosos y esparcidos en las diferentes partes de la Europa: multiplicáronse mas aun en la seguida. Los progresos de la filosofía no podian menos de alimentar y aumentar una sociedad, cuyo ulterior secreto era un verdadero deismo, y un odio profundo por toda autoridad; porque es imposible disimularse que tal era en efecto la doctrina de los altos grados de la masonería, y nosotros hemos creido que se verian con placer algunos pormenores sobre este objeto, los cuales sacamos de las *Memorias para servir á la historia del jacobinismo*, por M. de Barruel. Se sabe que este estimable escritor ha puesto tanto celo como corage en llevar la luz sobre las tinieblas de estas asociaciones secretas de francmasones, de iluminados y otros: y que ha manifestado sus miras y probado sus maquinaciones. Conviene leer en la misma obra los detalles que da sobre esta materia, y las numerosas pruebas con que los apoya. Nosotros nos contentaremos aquí con un pequeño extracto, y propio solamente á hacer conocer en general el espíritu de la francmasonería¹. Desde

¹ *Memorias de M. Barruel*, tom. II, cap. x y siguientes.



luego se descubre desde los primeros grados indicios de este espíritu. El gran objeto que se dice tener en mira es tan pronto *edificar templos á la virtud y calabozos al vicio*, tan pronto iniciar los adeptos á la luz, y libertarlos de *las tinieblas de los profanos*, que son todos los demas hombres. ¿Esta promesa no anuncia ya que para los masones hay una moral y una doctrina, en cuya comparación la moral y doctrina de Jesucristo no son sino error y tinieblas? 2º La era masónica no es la del cristianismo. El año de la *luz* tiene la data para ellos desde los primeros dias del mundo, como para enseñar que su *luz*, su ciencia religiosa es anterior á la revelacion cristiana y aun á la de Moises: 3º En su language todas sus logias no son sino un *templo* en donde indistintamente se admite á la *luz* el judío y el cristiano, el musulman y el idólatra. Aunque muchos masones no ven en ello sino una caridad que abraza á todos los hombres sin distincion de culto, temo que tanto celo por reunir el error y la mentira no sea otra cosa que el arte de sugerir la indiferencia por todas las religiones, hasta que llegue el momento de destruirlas todas igualmente en el espíritu de los miembros: 4º ¿Los terribles juramentos que de ellos se exigen, las amenazas que allí se hacen á los traidores, el secreto con que cercan sus misterios, convendrian á gentes que nada enseñasen que no fuese conforme á las leyes del cristianismo y al reposo de los Estados? Si de estas consideraciones generales descen-

demos á los pormenores, y seguimos todos los grados sucesivos de la masonería, hallaremos pruebas mas claras y mas sensibles. En los dos primeros grados de *aprendiz* y de *compañero*, se empieza enseñando al iniciado el primer secreto de la masonería, que el *venerable* le esplica así: *igualdad y libertad: todos los hombres son iguales y libres: todos los hombres son hermanos*. Si estas palabras no tuviesen entre los masones sino su acepcion razonable y legitima, ¿por qué hacer de ello un secreto tan profundo? Pero la revolucion nos ha desenvuelto su verdadero sentido; y la libertad é igualdad masónicas, publicadas á son de trompetas, y fijadas sobre las casas, grabadas á la cabeza de todas las leyes, que tambien ha venido á ser el objeto de un juramento, y comentadas entonces de una manera tan horrible, nos indican demasiado la idea que les dan los que habian puesto delante estas palabras misteriosas, con que han obrado tantos trastornos. En estos mismos primeros grados se exige ya el secreto por medio del mas espantoso juramento: en el grado de *maestro* se refiere ya una historia alegórica de un cierto *Adonhiram* muerto en tiempo de Salomon, martir del secreto masónico, y se anuncia que es preciso vengar su muerte, y volver á hallar la *palabra* perdida en este supuesto acontecimiento. ¿Cuál es esta *palabra*? Esto es lo que van á desenvolver los grados siguientes. Antes de pasar adelante conviene prevenir que una gran parte de los masones no pasaba el grado

de *maestro*, el cual bastaba para dar entrada en todas las logias, ser admitido al convite, y participar de todas las ventajas de la asociacion. Aquí paraban cuando no se buscaba en la masonería otra cosa que una diversion, una ocasion de reunirse, y de ligar ó contraer conocimientos. Pero ¿mostraban estas disposiciones de pasar mas adelante? entonces se les daba el grado de *elegido*. Este grado tiene dos partes: en la una se trata de vengar á Adonhiram; en la otra de volver á hallar la palabra ó la doctrina perdida. En la primera el aparato es terrible y respira la venganza. Los hermanos están vestidos de negro, y tienen por divisa *vencer ó morir*. El aspirante, vendados los ojos, el puñal en la mano, debe penetrar en una caverna, y herir á golpes una fantasma que se le dice ser el asesino de *Hiram* cuya cabeza sangrienta es preciso que traiga. Este aprendizaje de ferocidad es seguido de una ceremonia, en que el postulante, pontífice y sacrificador así como todos sus hermanos, revestido como ellos de los ornamentos del sacerdocio, ofrece el pan y el vino segun el orden de Melchisedech, como para enseñarle que todos los hombres son igualmente sacerdotes, y atraerle á la religion natural. Como las pruebas de este grado son aun mas multiplicadas que las de los precedentes, muchos se disgustan de ello, y no manifiestan anhelo de pasar mas adelante. Los otros son admitidos á los *grados escoceses*. Allí el postulante se presenta como un esclavo teniendo una cuerda al

cuello, y pide le rompan sus lazos. No se le da libertad sino despues de haber sufrido una multitud de cuestiones, y jurado con los juramentos mas terribles de jamas hacer traicion á los secretos del orden. En seguida se le eleva á la dignidad de gran sacerdote, se le bendice en nombre del *inmortal é invisible Jehovah*; dícese que este nombre es la palabra perdida desde *Hiram*; se le enseña que la ciencia masónica es la de Salomon y de Hiram, renovada por los caballeros del *Temple*; ó tambien la de Adan, de Noé, etc. Todo esto llena lo que llaman los tres grados de la caballería escocesa. Llégase al de *Rose-Croix*, ó Cruz-Rosada. Todo el aparato de la recepcion es relativo al autor del cristianismo. La decoracion no parece hecha sino para recordar la tristeza del día en que fué inmolado. Allí se ve una especie de calvario, tres cruces y la inscripcion ordinaria de los crucifijos. Los hermanos en casulla sacerdotal se echan en tierra en un profundo silencio y en la actitud del dolor. El presidente pregunta: *¿qué hora es?* Responden: *la primera hora del día, el instante en que el velo del templo se rasgó, en que las tinieblas y la consternacion se esparcieron sobre la faz de la tierra, en que la luz se oscureció, en que los utensilios de la masonería se rompieron, en que la estrella flamígera desapareció, en que la piedra cúbica se hizo pedazos, en que la palabra se perdió.* ¡Perdióse la palabra! Pero habíase hallado en los grados escoceses. La escena pues se muda. Aquí se habla un poco me-

nos oscuramente, y el dia en que Jesucristo muere por salvar á los hombres y establecer la religion, es aquel *en que la luz se oscurece, en que la piedra cúbica se hace pedazos, en el que se pierde esta palabra tan importante.* ¿Cuál es pues esta palabra? Vedla. Se sabe que estas letras INRI son las iniciales de la inscripcion *Jesus Nazarenus Rex Judæorum.* El iniciado Rose-Croix aprende á sustituirles esta interpretacion: *Judío de Nazareth* conducido por *Rafael* á *Judea*; y el hijo de Dios no es mas que un judío ordinario conducido á Jerusalem para ser allí castigado. Desde que las respuestas del aspirante han probado que conocia ya este sentido masónico de la inscripcion, el venerable esclama: *hermanos mios, hallóse la palabra, y todos aplauden este rasgo de luz, por el cual se les anuncia, que aquel cuya muerte es el fundamento de la religion, no fué sino un judío castigado por sus delitos: así que la palabra INRI es el santo de los Rose-Croix, y estas letras que recuerdan al cristiano el mayor de los misterios y de los beneficios, recuerdan al mason el dia en que las tinieblas y la consternacion se esparcieron sobre la faz de la tierra, en que la luz se oscureció, ... en que la palabra fué perdida.* Pero es preciso confesar que esta explicacion impía no se daba á todos los Rose-Croix. Para aquellos que aun tenian fe, la palabra perdida era la renovacion de la Iglesia, y la igualdad de los primeros cristianos; y con esta interpretacion entretuvieron á algunos. Ya no nos resta por conocer sino el

último grado de Kadosch, ó como lo esplican, del hombre regenerado. Hasta aquí hemos visto la impiedad ocultándose bajo términos oscuros, y bajo irrisorias ceremonias. Aquí se corre el velo. El iniciado, despues de pruebas terribles destinadas á fatigar su cuerpo, y á agotar su imaginacion, debe aun hacer el papel de asesino. Pero no es ya Hiram á quien debe vengar; es Molay, el gran maestro de los Templarios, y el que se trata de inmolar es un rey, es Felipe-el-Hermoso, bajo el cual fueron destruidos. En el momento en que el adepto sale del antro llevando la cabeza de este rey, y gritando que él lo ha muerto, es admitido al juramento que presta con las fórmulas mas formidables, y durante el cual uno de los caballeros *Kadosch* tiene ante sí una pistola, y hace ademan de matarle si él rehusa jurar. En seguida se le enseña « que hasta entonces la verdad no se ha manifestado sino á medias; que esta igualdad y esta libertad, cuya palabra le habia sido dada desde su entrada en la orden, consisten en no reconocer superior alguno en la tierra, en no ver en los reyes y pontífices sino unos hombres iguales á todos los demas, y que no tienen otros derechos que los que el pueblo ha querido darles, y que este mismo pueblo puede quitárselos cuando le parezca. » Se le dice tambien « que de mucho tiempo á esta parte los príncipes y los presbíteros abusan de la bondad de este pueblo; que el último deber de un mason para edificar templos á la igualdad y libertad es el procurar

por todo medio libertar la tierra de este doble azote, destruyendo todos los altares que la credulidad y la supersticion han elevado, y todos los tronos, en los que no se ven sino tiranos que reinan sobre esclavos. » Aquí se quita el velo á todas las miras profundas del masonismo. La religion que es preciso destruir para hallar la palabra ó la doctrina de la verdad, es la religion revelada, es la religion de Jesucristo. Esta palabra en toda su estension es la libertad y la igualdad, que debe restablecerse por medio de la estincion de todo rey y la abolicion de todo culto. Y así esta libertad y esta igualdad, esta alegoría de Hiram por vengar y la palabra por hallar, que en los primeros grados no presentan sino unos juegos de niños y unas ideas frívolas, vienen á ser en las últimas logias los gritos de la impiedad y de la revolucion; y lo que parecia no deber traer consigo sino unas reuniones pacíficas y agradables y unos convites alegres y tranquilos, conduce insensiblemente á la irrision de nuestros misterios y á las maquinaciones. Por lo demas hay lugar de creer que en la alta masonería existen otros grados no menos espantosos que el de Kadosch, pero que M. Barruel cree mucho menos esparecidos y menos antiguos, tales como los de la *estrella*, del *sol*, de los *Druidas*. Estos grados acaso no se establecieron sino posteriormente á la época en que estamos de nuestras *Memorias*, y aun presumo que en esta época el grado de Kadosch contaba bien pocos iniciados. La doctrina que allí se

profesa hubiera parecido sediciosa á la mayor parte de los hombres en un tiempo en que la filosofia no habia aun derramado sus sofismas; y á esta es á quien se debe el haber poblado las logias de adeptos dóciles y propios á favorecer sus miras. El escritor ya citado, y de quien tomamos casi todos estos pormenores, distingue en seguida las diversas clases de la framacmasonería, de las que cuenta tres, la masonería *hermética*, la masonería *cabalística* y la masonería *ecléctica*. El sistema de la primera no es otro que el *pantheismo* ó el *verdadero espinosismo*. Este es el *Johovah* de los masones herméticos. El de los cabalísticos es todo diferente. Es *Oromase* y *Arimane* el Dios bueno y el Dios malo, y bajo cada uno de ellos genios del bien y del mal. Así que esta clase hizo revivir todas las absurdidades de Manes, y nos presenta en medio de un siglo de luces las supersticiones y los libros mágicos con las ilusiones de la magia. En fin la última clase, la de los masones eclécticos, se componia de aquellos que sin adherirse á ninguno de los dos sistemas precedentes, profesaban en general el deismo, el ateismo, ó el escepticismo, y no se unian á los otros sino en su odio comun contra la religion y la autoridad. Los progresos de la incredulidad multiplicaron mucho el número de esta suerte de masones, y estos fueron los que más contribuyeron en la seguida á la revolucion francesa.